

horno. Con gran placer hubiera prorumpido en la antigua exclamación de: *Viva Ceres!* Aquel pan, que procedía de la nueva cosecha, demostraba la falsedad de una profecía referida por Chandler. En tiempo de este viajero se decía en Eleusis que si alguna vez era robada la mutilada estatua de la diosa, la llanura dejaría de ser fértil. Ceres ha sido llevada á Inglaterra, y los campos de Eleusis no han dejado de ser fecundados por esa divinidad de real y positiva existencia, que llama á todos los hombres á la participacion de sus altos misterios, y que no teme ser destronada.

Aquella regalada comida y la paz de que gozábamos, me eran tanto mas agradables cuanto que las debíamos, por decirlo así, á la Francia. Há treinta ó cuarenta años que todas las costas de la Grecia, y especialmente los puertos de Corinto, Megara y Eleusis estaban infestadas de piratas; pero el buen régimen establecido en nuestras estaciones de Levante destruyeron poco á poco esta piratería; nuestras fragatas vigilaban incansantes, y los súbditos otomanos respiraban á la sombra del pabellon francés. Las últimas revoluciones de Europa han acarreado por algunos momentos otras combinaciones de potencias; pero los corsarios no han vuelto á dejarse ver. Brindamos, pues, á la celebridad de las armas que protegían nuestro banquete en Eleusis, como los atenienses debieron dar gracias á Alcibiades cuando condujo incólume la procesion de Iaco al templo de Ceres.

Amaneció al fin el fausto día de nuestra entrada en Atenas. El 23 á las tres de la mañana todos estábamos á caballo, y á pocos momentos empezamos á desfilar en silencio por la Vía Sagrada, pudiendo asegurar que el iniciado mas devoto de Ceres no esperiméntó en tiempo alguno un entusiasmo tan vivo como el mío. Habíamos vestido, para solemnizar la entrada, nuestros mejores trajes; el genizaro había vuelto del revés su turbante, y por extraordinario los caballos habían sido esmeradamente enjaezados. Atravesamos el cauce de un torrente llamado *Saranta-Potamo* ó los *Cuarenta Rios*, probablemente el Cefiso Eleusiniense; vimos algunas ruinas de iglesias cristianas que ocupan sin duda el lugar del sepulcro de aquel Zarex, á quien Apolo instruyera en el arte de los cantos. Otras ruinas nos anunciaron los monumentos de Eumolpo y de Hipotoon; hallamos el rithi ó las corrientes de agua salada, donde durante las fiestas de Eleusis el pueblo insultaba á los transeuntes en memoria de las injurias que una vieja había dirigido en otro tiempo á Ceres. Pasando desde allí al fondo ó á la punta extrema del canal de Salamina, entramos en el desfiladero que forman los montes Parnés y Egaleo; esta parte de la Vía Sagrada se llamaba el *Místico*. Luego descubrimos el monasterio de Dafne, construido sobre los restos del templo de Apolo, cuya iglesia es una de las mas antiguas de Ática; un poco mas lejos vimos las ruinas del templo de Venus. Al fin el desfiladero empieza á ensancharse, y dando la vuelta al monte Pecilo, situado en medio del camino, como para cubrir el cuadro, la llanura de Atenas se descubrió súbitamente á nuestros ojos.

Los viajeros que visitan la ciudad de Cecrops llegan por lo regular por el Pireo ó por el camino de Negroponto, perdiendo así una parte de tan hermosa vista, porque solo se descubre la ciudadela cuando se llega por mar; y el Anquesmo intercepta la perspectiva cuando se baja de la Eubea. Mi feliz estrella me había llevado por el camino verdadero para ver á Atenas en toda su gloria.

El primer objeto que hirió mi vista fue la ciudadela iluminada por el sol naciente; descollaba exactamente en frente de mí, al otro lado de la llanura, y parecía apoyarse en el monte Himeto, que formaba el fondo de tan soberbio cuadro. Presentaba en un confuso grupo los capiteles de los Propileos, las columnas del Parténon y del templo de Erecto, las troneras de una muralla erizada de cañones, las ruinas góticas de los

cristianos, y los mezquinos tugúrios de los musulmanes.

Dos colinas de escasa altura, el Anquesmo y el Museo, descollaban al Norte y al Mediodía del Acrópolis. Entre dichas colinas y al pié de este, Atenas se ostentaba á mis ojos: sus techos aplanados y entrecortados por muchos minaretes, cipreses, ruinas, columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas, formaban un efecto muy agradable, á los rayos del sol. Pero si se reconocía aun á Atenas y sus despojos, echábase tambien de ver en el conjunto de su arquitectura y en el carácter general de sus monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

Un recinto de montañas que termina en el mar, forma la llanura de Atenas. Desde el punto en que yo veía esta llanura en el Pecilo, parecía dividida en tres zonas ó regiones, que siguen una direccion paralela de Norte á Mediodía. La primera de estas regiones y la mas inmediata á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, donde se acababa de hacer la siega; la tercera ofrecía un largo bosque de olivos, que se dilataba un poco circularmente desde los manantiales del Ilioso, pasando al pié del Anquesmo, hasta la proximidad del puerto de Falerio. El Cefiso corre por este bosque, que por su vejez parece descendiente del olivo que Minerva hizo salir de la tierra. El Ilioso tiene su seco cauce al otro lado de Atenas, entre esta y el monte Himeto. La llanura no es enteramente plana, pues una pequeña cadena de colinas, ramificaciones del Himeto, destruye su nivel, y forma las diferentes alturas sobre que Atenas colocó paulatinamente sus magníficos monumentos.

Nunca, en los primeros momentos de una emocion muy enérgica, gozamos por entero de nuestros sentimientos. Yo me acercaba á Atenas con una especie de placer que me robaba el poder de la reflexion; sin embargo, no esperiméntaba ninguna sensacion peculiar á las que me habían agitado á la vista de Lacedemonia. Esparta y Atenas han conservado hasta en sus ruinas el sello de sus diferentes caracteres: las de la primera son tristes, graves y solitarias; las de la segunda, risueñas, alegres, habitadas. Al aspecto de la patria de Licurgo, todas las ideas que asaltan el ánimo son serias, varoniles y profundas; el alma fortificada parece elevarse y engrandecerse; mientras á la vista de la patria de Solon el espíritu se siente como encantado por los prestigios del genio, al adquirir la idea de la perfeccion del hombre, considerado como un ser inteligente é inmortal. Los elevados sentimientos de la naturaleza humana presentaban en Atenas cierta elegancia que no tenían en Esparta. El amor á la patria y á la libertad no era entre los atenienses un instinto ciego, sino un sentimiento dirigido por la razon y fundado en ese amor á lo bello en todos los géneros que el cielo les había dispensado tan pródigoamente; por último, pasando de las ruinas de Lacedemonia á las de Atenas, sentí que hubiera querido morir con Leónidas y vivir con Pericles.

Nos encaminamos á esta pequeña ciudad, cuyo territorio se extendía á quince ó veinte leguas; cuya poblacion no igualaba á la de un arrabal de Paris, y que compite en el universo con la fama del imperio romano. Fijos los ojos en sus ruinas, le apliqué estos versos de Lucrecio:

Prima frugiferos fetus mortalibus agris
Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,
Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt;
Et prima dederunt solatia dulcia vitæ.

Nada conozco que redunde mas en gloria de los griegos, que estas palabras de Ciceron: «Acuérdate, Quintio, que mandas á los griegos que han civilizado á todos los pueblos, enseñándoles la dulzura y la hu-

manidad, y á quienes Roma debe las luces que posee.» Cuando se reflexiona lo que Roma era en tiempo de Pompeyo y César, y en lo que era el mismo Ciceron, estas breves palabras encierran un magnífico elogio (1).

De las tres zonas ó regiones que dividían á nuestra vista la llanura de Atenas, atravesamos rápidamente las dos primeras, la inculta y la cultivada. Ya no se ve en esta parte del camino el monumento del Rodio y el sepulcro de la Cortesana; pero se descubren las ruinas de algunas iglesias. Entramos en el bosque de olivos; antes de llegar al Cefiso se hallaban dos sepulcros y un altar de Júpiter-el-Indulgente, y no tardamos en descubrir el álveo del rio entre los troncos de los olivos, que lo rodeaban á manera de añosos sauces; apeeme para saludar el rio y beber de sus aguas, y hallé exactamente la cantidad que necesitaba en un hoyo; las aguas restantes habían sido desviadas para procurar el riego de los olivares. Siempre me ha causado un vivo placer el beber el agua de los rios célebres que he pasado en mi vida: así, he bebido la del Mississippi, del Támesis, del Rin, del Po, del Tiber, del Eurotas, del Cefiso, del Hermo, del Gránico, del Jordan, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres pueden decir como los israelitas, en la orilla de estos rios: *¡sedimus et flevimus!*

A corta distancia, á mi izquierda, descubrí los restos del puente que Jenocles de Lindo había hecho construir sobre el Cefiso. Volví á montar, y no intenté ver la higuera sagrada, el altar del Céiro y la columna de Anteniócrito, porque el camino moderno no sigue ya en este lugar la antigua Vía Sagrada. Al salir del olivar hallamos un jardín rodeado de tapias y que ocupa casi el lugar del Cerámico exterior, y empleamos media hora para llegar á Atenas á través de un campo de trigo. Una muralla moderna, recientemente separada y parecida á la tapia de un jardín, cierra la ciudad. Atravesamos la puerta, y entramos en unas reducidas calles campestres, frescas y bastante limpias; cada casa tiene su jardín plantado de naranjos é higueras. El pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenía el abatido semblante de los moraitas. Llegamos al fin á la casa del cónsul de Francia.

No podía dirigirme á persona mas competente para visitar á Atenas que á Mr. Fauvel; pues como há muchos años que habita la ciudad de Minerva, conoce sus mas pequeños detalles mucho mejor que un parisiense los de Paris. Ha escrito excelentes Memorias, y le debemos los mas interesantes descubrimientos acerca del lugar ocupado por Olimpia, de la llanura de Maraton, del sepulcro de Temístocles en el Pireo, del templo de la Venus en los Jardines, etc. Encargado del consulado de Atenas, que no es para él sino un título de proteccion, ha trabajado y trabaja actualmente como pintor en el *Viaje pintoresco de la Grecia*. El autor de esta hermosa obra, Mr. de Choiseul-Gouffier, había tenido la bondad de darme una carta para Mr. Fauvel, y le llevaba además otra del ministro (2).

No se espere que yo haga aquí una descripcion completa de Atenas; si se quiere saber la historia de esta ciudad, léase la introduccion de este *Itinerario*. Si se desea conocer los monumentos de la antigua Atenas, la traduccion de *Pausanias*, á pesar de sus defectos, hasta perfectamente á la multitud de lectores, y el *Viaje del jóven Anacarsis* casi nada deja que desear. Respecto de las ruinas de esta famosa ciudad, las cartas de la coleccion de Martin Crusio, el padre Babin, el mismo La Guilletiere, no obstante sus mentiras, Pocoque, Espon, Wheler, Chandler y sobre todo Mr. Fauvel las han dado á conocer tan minucio-

samente, que yo no podría hacer mas que copiarlos. ¿Se desean los planos, los mapas, las vistas de Atenas y de sus monumentos? Hallaráselos en todas partes; basta recordar los trabajos del marqués de Nointel, de Leroi, de Stuart y de Pars; Mr. de Choiseul, al completar una obra interrumpida por tantos contratiempos, acabará de poner á nuestra vista toda Atenas. La parte de las costumbres y del gobierno de los modernos atenienses se halla igualmente bien tratada en los autores que acabo de citar; y como los usos no cambian en Oriente con tanta facilidad como en Francia, todo lo que Chandler y Guys (3) han escrito acerca de los griegos modernos presenta aun hoy la mas rigurosa verdad.

Sin ostentar erudicion á espensas de mis predecesores, daré cuenta de mis escursiones y sentimientos en Atenas, dia por dia y hora por hora, segun el plan que he seguido hasta aquí. Repito que este *Itinerario* no tanto debe ser mirado como un viaje, cuanto como las memorias de un año de mi vida.

Entré en el patio de M. Fauvel, á quien tuve la buena suerte de hallar en su casa, y le entregué al punto las cartas de M. de Choiseul y de M. de Talleyrand. M. Fauvel conocía mi nombre; y aunque no podía decirle: *Son pittor anch'io*, era á lo menos un aficionado lleno de celo, sino de talento; me animaba tan sincera voluntad de estudiar las antigüedades, y había ido desde tan lejos á borrajear malos diseños, que el maestro vió en mí un alumno dócil.

Entablóse entonces entre nosotros una animada conversacion relativa á Paris y Atenas; pero en breve quedó olvidado aquel, para ocuparnos exclusivamente de esta. M. Fauvel, escitado en su amor á las artes por un discípulo, tenía tanta prisa en enseñarme á Atenas, cuanto era la mia por verla; aconsejéme, no obstante, que dejásemos pasar el excesivo calor del dia.

Nada anunciaba al cónsul en su habitacion; pero todo revelaba al artista y al anticuario. ¡Cuál fue mi júbilo al verme alojado en Atenas en un aposento lleno de modelos en yeso del Parténon! Pendían de las paredes algunas vistas del templo de Teso, varios planos de los Propileos, y algunos mapas de Ática y de la llanura de Maraton. Veíanse muchos mármoles sobre una mesa, y muchas medallas sobre otra, con pequeñas cabezas y vasos de barro. Limpióse á poco, con gran sentimiento por mi parte, un noble polvo; estendióse luego un catre en medio de todas aquellas maravillas; y á semejanza del recluta que se incorpora al ejército en la víspera de una accion, pernocté en el campo de batalla.

La casa de M. Fauvel, tiene, como la mayor parte de las de Atenas, un patio á su frente y un jardín á su espalda. Yo me asomaba á todas las ventanas para descubrir á lo menos algun objeto en las calles; pero mi deseo era inútil. Descubriase, no obstante, entre los tejados de las casas inmediatas un ángulo de la ciudadela; yo permanecía clavado á la ventana que miraba hácia aquel lado con la impaciencia de un colegial, cuya hora de asueto no ha sonado aun. El genizaro de monsieur Fauvel se había apoderado del mío y de José, de manera que no tenía que cuidar de ellos.

A las dos nos fue servida la comida, que consistió en asados de carnero y de pollos, medio á la francesa, medio á la turca. El vino, tinto y fuerte como los del Ródano, era de buena calidad; pero me pareció tan amargo, que me fue imposible beberlo. En casi todas las comarcas de la Grecia se echan en las pipas piñas, que dan al vino ese sabor amargo y aromático, con que cuesta algun trabajo familiarizarse. Si esta costumbre se remonta á la antigüedad, como presumo, explicaría el por qué la piña estaba consagrada á Baco. Se nos

(1) Plinio el Jóven escribe casi lo mismo á Máximo, pro-cónsul de Acaya.

(2) Mr. de Talleyrand.

(3) Es preciso leer á este con desconfianza, y precaverse contra su sistema.

